



Pero también algunas editoriales españolas nos proporcionaban pábulo para el vicio a quienes no sabíamos hacer otra cosa que leer. En las novelas baratas de kiosco de la colección Plaza y más tarde de la colección Reno se hallaban maravillas junto a plúmbeos *best sellers* de la época. Por nada del mundo quisiera verme obligado a releer a Pearl S. Buck, Lajos Zilahy, Cecil Roberts o Louis Bromfield, aun a sabiendas de que soy tan injusto con sus méritos como quien deja de comer macarrones toda su vida porque es lo único que le ponían en el internado. Sin embargo sigo releyendo a Chesterton, a Somerset Maugham, a Stefan Zweig y hasta puede que disfrutase leyendo otra vez *Sinuhé, el egipcio* de Mika Waltari. Como lo subversivo de la cultura rara vez está en la obra y casi siempre en la mirada del oprimido, devoré obras no poco indigestas de autores que mi madre, la gran lectora de la casa, me había señalado como *demasiado fuertes*. Así por ejemplo algunas de Maxence Van der Meersch, cargadas de una sombría problemática social afrontada desde la perspectiva más bien penitencial del catolicismo *progresista*: en especial *La máscara de carne*, cuyo tratamiento de la vida y desdichas de un joven homosexual no me alejó desde luego de Gide ni de Oscar Wilde. Otra de estas drogas duras era Vicki Baum, prolífica y tediosa pero de enorme éxito en la época, cuyos libros hojeaba a toda velocidad intentando encontrar las escenas eróticas (...)



Fernando Savater (1947)
Premio Antonio de Sancha 2017
Despierta y lee